Sobre la poesía popular impresa de Santiago de Chile

Contribución al Folklore Chileno

Por RODOLFO LENZ



SOBRE LA POESIA POPULAR IMPRESA DE SANTIAGO DE CHILE

Contribución al Folklore Chileno

POR

RODOLFO LENZ

Advertencia al lector

La publicación que presento en las pájinas que siguen al público chileno i a los lectores españoles en jeneral, es, en cierto sentido una anomalía literaria, porque hace poco menos de veinticinco años que escribí el trabajo en alemán. Estaba destinado a aparecer en una publicación colectiva con que los antiguos alumnos del profesor de lenguas romances en la Universidad de Berlín, *Adolfo Tobler*, deseaban celebrar el 25.º aniversario del nombramiento de su

maestro para la cátedra de la capital alemana. (1). Temiendo que mi trabajo excediera el espacio concedido a cada colaborador, había dado órdenes de prescindir de la publicación en el tomo del homenaje de los alumnos del célebre maestro, en caso que así fuera i de ofrecer el manuscrito a la Revista de Filolojía Románica, que ya había aceptado otras publicaciones mías. Sin embargo, el profesor encargado de la edición del tomo homenaje juzgó la materia de mi colaboración tan interesante que, sin poder pedir mi consentimiento, por la premura del tiempo, resolvió imprimir sólo el primer capítulo, esperando que la Revista aceptara la continuación. Pero su editor, con razón, se resistió a ofrecer a sus lectores una obra trunca. Así sucedió que la conclusión del trabajo quedó sin imprimir. Pensaba yo en aquel tiempo tener pronto ocasión para hacer una edición castellana completa, pero empeñado en 1894 en preparar la publicación de mis *Estudios Araucanos*, dejé el asunto de mano i así la continuación del estudio sobre la poesía popular impresa quedó inédita hasta hoi.

Mi colección de las hojas de los poetas populares santiaguinos que en 1894 abarcaba sólo 78 números, creció a medida que avanzaba el tiempo. En 1898, cuando traté el mismo asunto en el Congreso Científico Chileno que se celebró en Talca, el número de

(1) El libro se publicó con el título siguiente: *Abhandlungen Herrn* Prof. Dr. Adolf Tobler zur Feier seiner fünfundzwanzigjährigen Thätigkeit als ordentlicher Professor an der Universität Berlin von dankbaren Schülern in Ehrerbietung dargebracht. Halle a. S. Max Niemeyer, 1895. El primer capítulo del trabajo que sigue se publicó con el título «Ueber die gedruckte Volkspoesie von Santiago de Chile. Ein Beitrag zur chilenischen Volkskunde» en las pájinas 141-163.

mis hojas ya había alcanzado a 218. Pero en las Actas del Congreso pudo sólo imprimirse un mui breve resumen, porque no tenía el material elaborado en castellano.

Hace poco, un distinguido amigo chileno, que tenía noticia de mi trabajo, deseaba tener datos sobre esta poesía. Por esto me resolví a hacer una traducción libre del orijinal alemán que fué terminada el 31 de Marzo de 1894. Si la publico ahora sin mayores cambios, es porque en efecto creo que todas las observaciones esenciales que escribí en 1894 guardan su valor hasta hoi, i creo aún de cierto interés histórico publicar ahora el trabajo así como lo escribí hace tantos años, pues los trabajos más modernos de otros autores completan mui bien el mío, pero no lo reemplazan. Nadie ha dado una descripción de las hojas poéticas publicadas por los «populares», ni del «guitarrón».

Mi colección de esas hojas ha sido continuada hasta hoi, aunque, para decir la verdad, en los últimos diez años la cosecha ha sido escasa, porque ya esas publicaciones han perdido casi por completo el rumbo que tenían antes. Tengo ahora unas 450 hojas reunidas, i no es imposible que mi colección sea la más completa que exista. Al menos entre los amigos del folklore chileno, que hoi no son tan pocos como hace veinte años, no he obtenido información contraria.

En un apéndice publicaré las noticias más importantes acerca del desarrollo de esta rama de la literatura popular que he recojido durante el último cuarto de siglo. Ha sucedido lo que ya veía venir don Bernardino Guajardo: «Que entre tantos trillado-

res echaron a perder la era». La publicación de hojas de versos ha llegado a ser cuestión mercantil de ciertas imprentas; cancioneros, llamados populares, se llenan hoi con las canciones que las zarzuelas españolas i las operetas han puesto a la moda, i sustituyen los cuadernitos en que Guajardo, Nicasio García i otros *puetas* recojían sus obras. El desarrollo del periodismo llena las calles con infinitas publicaciones políticas, humorísticas i cuestiones sensacionales (crímenes i pleitos), la mayor parte con ilustraciones i mató así el interés del público de los suburbios por los toscos grabados hechos a cortaplumas.

La cultura creciente de las clases bajas de la población en Chile, como en todas partes del mundo, ha disminuído la afición a la antigua poesía popular. En los salones de la jente más acomodada, desde decenios, el piano ha desterrado casi por completo a la guitarra i el arpa. Durante mucho tiempo una señorita distinguida ni siquiera debía cantar en un salón en la vulgar lengua del pueblo. Como las naciones de lengua española no han querido siquiera amoldar las óperas internacionales a su lengua, así como lo han hecho todas las naciones pequeñas europeas, traduciendo las palabras de esas obras no sólo al sueco i danés, sino aún al serbo i croata; como en la América latina las óperas se cantan sólo, o casi esclusivamente, en italiano, todo chileno que se apreciaba, debía cantar en italiano, como si la lengua de Cervantes fuera menos armoniosa que la del Dante. Sólo en los últimos tiempos las tonadilleras españolas han producido una pequeña reacción en favor de la lengua patria, pero todavía no en favor del canto chileno.

Desde que en 1909 se fundó la Sociedad de Folklore Chileno, que algunos años después se fusionó con la Sociedad Chilena de Historia i Jeografía, entre un numeroso público culto creció el interés por las costumbres nacionales i la literatura del pueblo. A fines del año de 1909 pude dar a conocer los argumentos del presente trabajo en dos sesiones de la Sociedad.

Otros miembros de la Sociedad dieron conferencias referentes al mismo asunto. Sobre todo se recomienda al lector la interesantísima conferencia del señor don *Desiderio Lizana D.* «Cómo se canta la poesía popular» (1), llena de recuerdos personales acerca de los palladores de antaño. Don *Julio Vicuña Cifuentes* publicó en 1912 su gran libro «Romances Populares i Vulgares recojidos de la tradición oral chilena» recibido con unánimes aplausos por la prensa científica europea i leyó en 1916 su discurso de recepción en el seno de la Academia Chilena sobre «La poesía popular de Chile», contestado por el señor don *Manuel Salas Lavaqui*. Estos trabajos de los señores Lizana i Vicuña completan, como ya lo dije, de la manera más feliz las pájinas que siguen, pero, creo que no han hecho todavía superflua su publicación. Gran lástima es que la importantísima colección de cuecas i tonadas chilenas con su música, hecha por el malogrado señor don *Ismael Parragués*, todavía no haya visto la luz pública. Creo que las autoridades del país harían una obra de mérito estraordinario si facilitaran la edición de esta obra póstuma del insigne músico i folklorista en una

(1) Publicada en la Revista de Folklore Chileno, tomo IV, páj. 1 a 73. (Rev. Chil. de Hist. i Jeog. núm. 7. páj. 244 i sig).

forma que también diera un provecho pecuniario mui merecido a la familia del desgraciado profesor. Ojalá que pronto también personas competentes en música estudiaran i publicaran las melodías tradicionales de las décimas de los cantores populares que pronto se van a perder en el abismo del eterno olvido. Don Aniceto Pozo, el cantor que me ayudó hace veinticinco años en mi tarea, vive todavía i no ha olvidado sus versos i sus melodías.

La publicación que sigue se distingue de su orijinal alemán por la supresión de algunas frases que estimaba necesarias al presentar a un público científico estranjero una materia enteramente desconocida. También he suprimido las notas referentes al lenguaje vulgar chileno i sobre todo al diccionario popular. En 1894 existía sólo el Diccionario de Chilenismos por *Zorobabel Rodríguez*, i acababa de salir el trabajo de *Camilo Ortúzar*. Hoi el público chileno tiene a la mano numerosos libros más completos. Pero aún para los lectores de los demás países de lengua española no hai casi necesidad de recurrir a las publicaciones chilenas. A medida que estaba copiando los versos chilenos he ido averiguando si el significado de los chilenismos había de presentar dificultad i puedo asegurar que difícilmente falta palabra alguna en el excelente *Diccionario de la Lengua Española*, publicado bajo la dirección de don José Alemany i Bolufer (Barcelona, Ramón Sopena, editor, 1917) que está o debería estar, en todas las bibliotecas.

Santiago de Chile, 3 de Noviembre de 1918.

R. Lenz.

INTRODUCCION

§ 1.—Chile se distingue de la mayor parte de los países hispano-americanos en que sus habitantes desde el último inquilino hasta el hacendado más pudiente constituyen una nación uniforme de lengua castellana que se ha formado por la mezcla de los conquistadores e inmigrantes españoles con la más orgullosa i valiente de las tribus indíjenas de América, los araucanos. Estos mismos, como tantos otros pueblos de baja cultura, se llaman simplemente «la jente del país» *mapuche*, i se conservan puros sólo en algunas provincias del sur, en las cuales la cultura va haciendo rápidos progresos, internándose en las selvas vírjenes con los ferrocarriles que ponen en comunicación las ciudades i aldeas, nacidas de antiguos fuertes españoles i al rededor de las colonias agrícolas. Allá siguen viviendo los indios o, más bien, vejetando i acabándose, esterminados

por el alcohol i la rapiña del blanco civilizado que les quita sus tierras. Sólo una parte de ellos al aprender el castellano olvida su lengua primitiva i cambia el traje nacional del *chiripá* por el pantalón europeo, de modo que sus hijos se trasforman en chilenos netos; pues basta ver la mayoría de la población rural de Chile para convencerse de que está compuesta de una o dos partes de sangre europea, mezcladas con tres o cuatro partes de procedencia india.

Es la particularidad de Chile, comparándolo, por ejemplo, con el Ecuador o Bolivia, el que la lengua i la nacionalidad indíjenas hayan sido completamente absorbidas por la española, mientras en la mayoría de los países de la América Central i Meridional la población india vive todavía al lado de la criolla, como en Chile sucede sólo en la antigua «frontera». Cuándo i cómo se ha verificado esta absorción completa en cada una de las provincias del país, es difícil decirlo, por la falta de datos. El padre Luis de Valdivia declara en su Gramática Araucana del año 1606 que «desde la ciudad de Coquimbo i sus términos hasta las islas de Chiloé i más adelante» corría en todo el reino una sola lengua con pocas variaciones dialectales; el Padre Bernardo Havestadt, en 1765, menciona todavía el dialecto indio del arzobispado de Santiago. Desde comienzos del siglo XIX, en cuanto sepa, apenas si se habla de la existencia de indios al norte del Bío-Bío. Tan favorables circunstancias étnicas las debe Chile a la afluencia estraordinariamente numerosa de guerreros españoles requerida por la tenaz resistencia de los indios araucanos. El desarrollo de la nacionalidad chilena de nuestros días ha sido paulatino i pa-

rejo i, de consiguiente, sano. El elemento africano felizmente en la más pobre de las colonias, que no producía ni oro, ni azúcar, ni café, ni tabaco, nunca ha tenido mayor importancia, i aún en el último siglo ninguna inmigración europea ha sido tan fuerte que haya podido alterar el carácter de la nación chilena, como quizá sea el caso en la Arjentina por los elementos italianos. La inmigración más compacta en Chile, la alemana, era tal vez demasiado distinta para ejercer influencia sobre el pueblo chileno, i, además, a lo sumo pudiera haberse hecho notar en las provincias del sur donde en la primera mitad del siglo pasado dominaba todavía el indio, i que están fuera de cuestión para la materia de este trabajo.

El que una nación desarrollada sobre base tan sana, haya logrado formarse un carácter propio i peculiar, no podrá sorprender a nadie. Creo que Chile, que ha producido el dialecto vulgar más característico entre todos los hispano-americanos, también brindará la cosecha más rica en materia de folklore i literatura popular.

Sólo estudios que están por hacer podrán deslindar con mayor exactitud hasta qué estremos la literatura i las costumbres populares chilenas conservan restos de la época de los conquistadores i de los siglos XVII i XVIII; cuánto es debido a los antepasados indios i cuáles rasgos sólo se han desarrollado dentro de la vida propia de la nación. Por el momento faltan todos los trabajos preliminares i, careciendo de bibliotecas folklóricas, me he limitado a recojer de primera mano toda especie de poesías populares, refranes, proverbios, cuentos de hadas i de brujos i otros materiales de folklore. El caudal

que he conseguido en los cuatro años corridos de mi permanencia en Chile es ya considerable, pero todavía no he pensado en elaborarlo. Por hoi me limito a estudiar solamente la poesía popular impresa de los «poetas populares» i su presentación por los «cantores».



CAPITULO I

Los poetas i cantores, su instrumento i sus formas poéticas

§ 2.—Es un rasgo mui característico de la poesía popular chilena el que se divida rigurosamente en una rama masculina i una femenina. Cada una de ellas tiene sus argumentos, su métrica, su canto i sus instrumentos particulares i propios. Es común a ambas ramas que el canto se hace casi siempre en voz mui aguda; las mujeres usan de preferencia el falsete, lo que produce una impresión estraña al oído alemán. Las *cantoras* cultivan casi esclusivamente la lírica liviana, el baile i cantos alegres en estrofas de cuatro i, menos a menudo, de cinco versos; sus instrumentos son el arpa i la guitarra. Los hombres, en cambio, se dedican a los escasos restos del canto épico (romances), la lírica seria, la didáctica i la *tenzón* (controversia poética, llamada «contrapunto»). La forma métrica preferida es la décima espinela

su instrumento el sonoro «guitarrón». El acordeón, con que los hombres a menudo acompañan los bailes, como producto de la industria europea, no se puede contar entre los instrumentos populares.

El arte de una buena cantora que dispone de un abundante tesoro de versos i melodías en ambos instrumentos goza de mucho aprecio entre las clases bajas de la población; un *poeta* que es a la vez *músico* i *cantor*, que sepa más de tres o cuatro *entonaciones* en el guitarrón i tenga habilidad para improvisar interesantes «dedicatorias» i «despedidas» (*cogollos*) es, por su rareza, un objeto de la admiración de su clientela artística. Entre la jente culta hai sólo pocas personas que siquiera conozcan esos tipos raros por no haber tenido ocasión de admirarlos en una fiesta popular. Lo mismo se debe decir de los pocos músicos que emplean aún el antiguo violín de tres cuerdas, el verdadero *rabel*, que se toca apoyado en la rodilla. La mayor parte de los chilenos cultos conocen el nombre del rabel como sinónimo del violín ordinario.

En jeneral no cabe la menor duda de que ya solamente el canto femenino con sus poesías livianas (*tonadas*) i acompañamientos de bailes (*cuecas*), es verdaderamente popular; el canto masculino lo ha sido en sus oríjenes, pero hoi sobrevive únicamente en pobres restos, que, por esto, son tanto más interesantes para el folklorista.

Por esta misma razón las verdaderas cuecas i tonadas populares sólo rara vez se apuntan i menos se imprimen. Andan por millares de boca en boca, en estrofas aisladas i menos a menudo en composiciones enteras; se varían i se improvisan siempre de

nuevo. Cada chileno sabe de memoria unas cuantas estrofas al menos, i entre media docena de mujeres del pueblo casi siempre hai alguna que sepa cantar algunas cuecas i tonadas, acompañándose con algunos acordes de la guitarra.

La poesía pesada de décimas con sus composiciones largas difícilmente se puede retener en la memoria sin ayuda de la escritura i tiene, por esto, un carácter más elevado, un tanto docto i, de ahí, didáctico. El *huaso cantor* guarda buena parte de la dignidad del trovador de la edad media, que gusta de esponer a su público estasiado, su sabiduría recóndita de hombre de esperiencia superior que conoce al mundo. Como los «maestros cantores» del siglo XVI, no tiene nada del coplero mendicante de las ferias, sino que ejerce el arte por el arte *i* para ganar aplausos; le dedica comúnmente sólo sus horas de ocio i gana su vida con algún negocio u oficio honrado.

Sólo una parte de los poetas hacen imprimir sus producciones poéticas i así dan cuenta al pueblo de acontecimientos nuevos i de esperiencias antiguas. Estos son los «poetas populares» de oficio que ocupan un nivel social un poco inferior que los «cantores». Las hojas en que publican sus versos se parecen a los *suplementos* editados por los diarios modernos. Salen casi sólo con motivo de algún acontecimiento estraordinario, un asesinato atroz, un accidente, un fusilamiento de algún criminal, etc. El ferrocarril lijero distribuye las hojas sobre el país entero, el «suplementero» que en tal caso se trasforma en «versero» vende la hoja en cinco centavos por las calles. El que adquiere la hoja tendrá que leerla a

sus compañeros i conocidos que ignoran el difícil arte de la lectura. Quizá algún cantor enriquezca con alguna producción su repertorio; pero, en jeneral, estas hojas ya no son destinadas al canto, sino a la simple lectura.

§ 3.—Gran parte de las noticias en que fundo mi esposición las debo a un cantor santiaguino *Aniceto Pozo*, otras al poeta popular ciego *Hipólito Cordero*. Don Aniceto es de oficio carpintero, un joven bien parecido, de treinta años apenas. La mayor parte de la semana la dedica al trabajo; pero el Sábado por la tarde suele aceptar la invitación de algún conocido o propietario de una fonda rústica en los alrededores de Santiago, donde permanece hasta el lúnes. Así lo ví en una tarde de domingo sentado debajo la ramada del bodegón de Renca, en sus rodillas el guitarrón, rodeado de una quincena de huasos i unas pocas mujeres, la mayor parte en cuclillas, otros sentados en silletas bajas. Allí les cantaba del cielo i de la tierra, de amor i de pelea, mezclando de vez en cuando algún versito jocoso. El público en silencio prestaba atención i en los intervalos circulaba el *potrillo* con el famoso *ponche en culén*, fabricado con *anís del mono* que uno brindaba al otro con frases ceremoniales como «le quito el veneno» (le brindo el primer trago), «le comprometo», «le cumplo» (o: «se la hago», «se la pago»).

§ 4.—El instrumento en que el *cantor* acompaña sus *poesías*, el *guitarrón*, es una especie de guitarra grande de 25 cuerdas. Don Aniceto, que construye

tales instrumentos, me esplicó sus detalles con los siguientes términos técnicos: (1).

La *caja* del guitarrón es un poco más alta (13 cm.), i ancha (24 cm., en la parte superior i 32 cm., en la inferior) que la de una guitarra ordinaria. El mastil, llamado *brazo*, es un poco más ancho, pero mucho más corto (desde la ceja hasta la caja 23 cm.). En cambio, el *clavijero* es mui largo (23 cm.), pues tiene tres hileras de siete *clavijas* cada una, que sujetan las 21 cuerdas principales. Estas alcanzan desde la ceja, llamada *cejezuela*, en pronunciación vulgar *sijesuela*, hasta el *pontezuelo*, i se pueden acortar por semitonos mediante siete *trastes*, que son dispuestos «de mayor a menor» de una manera bastante injeniosa. Ya que el carpintero, sobre todo en el campo, no podría fácilmente hacer los trastes de metal, como es costumbre en los instrumentos parecidos que se venden en el comercio, i hechos de madera (como lo son la cejezuela i el pontezuelo) se desgastarían lijero, los trastes se hacen de la misma cuerda de tripa que sirve para los nervios más agudos, torciendo sucesivamente 8, 7, 6... hasta 2 de estas cuerdas delgadas i pasando estas nuevas cuerdas en dos vueltas al rededor del brazo del guitarrón en el lugar marcado por dos pequeñas muescas en los estremos laterales del brazo. Así se consiguen trastes resistentes i lisos que en caso de descompostura se pueden reno-

(1) Las medidas que agrego corresponden a un ejemplar que me regaló, en 1905, mi antiguo alumno i estimado amigo don Agustín Cannobbio. Es, con escepción de los adornos, completamente igual al ejemplar de A. Pozo. No he visto nunca ejemplares con más de 25 cuerdas, que menciona Julio Vicuña Cifuentes en la introducción de sus Romances Populares i Vulgares (Santiago, 1912, p. XXIII), lo que no quiere decir que no existan.